



creto. Tenían sus razones. Es más fructífero preguntarse qué nos aporta nuestro propio recorrido hacia lo que está escondido, a qué razón obedece. Y una vez que se descubre la 'verdad', cómo integrarla en nuestras vidas. Ese esfuerzo por dar sentido es indispensable; permite también comprender la parte que corresponde al libre albedrío, el hecho de que nuestros destinos individuales, aunque estén influidos por el pasado, no tienen que estar determinados por él.

— **Alban, Diane y otros personajes de este libro nos hablan de dignidad y libertad incluso en el peor contexto. ¿Hay alguna inspiración real?**

— Antes de escribir 'El olor del bosque', y también mientras lo hacía, leí muchas cartas de soldados. Resultaba conmovedor que, a pesar de las grandes diferencias sociales, y a pesar de que se encontraban en mitad de una masacre, la mayoría de ellos conservaban una inmensa dignidad. Muchos, aunque les estaba prohibido escribirlo, estaban asqueados por tener que matar. Un padre le escribía a su hija, que sin duda había escuchado demasiada propaganda, que no, que no le llevaría el casco de un soldado

alemán (en francés se usaba el término peyorativo 'boche' para referirse a ellos) de regalo como le pedía, porque el soldado alemán probablemente fuese padre como él y tendría una hija pequeña como ella, y que esa niña se pondría muy triste si su padre no volvía a casa. Las últimas cartas antes de partir al frente, cartas de 'educación', dirigidas a niños de cinco o seis años, para el futuro, y que les explican cómo ser una buena persona, honesta, trabajadora, respetuosa con los demás, son sobrecogedoras. Al le-

«Antes de partir al frente, los soldados explicaron a sus hijos cómo ser buenas personas»

«Incluso en plena guerra, en 1914, muchos franceses no odiaban a los alemanes»

erías comprendemos que muchos de esos hombres combatían por sentido del deber, porque no concebían dejar que otros lo hicieran en su lugar, pero no por nacionalismo. Algunos, un número que creció con el paso de los años, no odiaban a los alemanes y la guerra les parecía una carnicería lamentable.

— **¿Y el personaje de Diane, esa mujer talentosa pero atrapada en las normas de la época?**

— Se nutre de la lectura de los diarios de mujeres durante las guerras (más durante la Segunda Guerra Mundial, de hecho), pero es una creación bastante libre. Le tenía un afecto enorme, y por eso escribí su diario completo, y no solo algunos fragmentos, como había previsto al principio. Disfruté muchísimo imaginando a esa joven libre, con inquietudes políticas, admiradora de las sufragistas inglesas, intrépida y brillante. Una mujer como había tantas, pero que se vieron encerradas por sus familias en matrimonios forzados, y que a menudo terminaban rotas, de tanto como les habían cortado las alas.

— **Solemos oír que una imagen vale más que mil palabras. La narradora las hace trabajar juntas. Usted, como aficionada a la fotografía y a la vez escritora, ¿qué opina?**

— Todo depende de qué imagen hablemos. Si se trata de la ilustración de un diccionario o de una lámina anatómica, ¡claro, sin duda alguna! Pero la imagen fotográfica no es un signo tan transparente: lo que nos enseña es a menudo resultado de una elección, un cálculo, una puesta en escena. Necesita ser descifrada. Y ahí estriba la investigación que lleva a cabo Elisabeth con las fotografías de Alban, que solo enseñan el rostro agradable de la guerra: los permisos, los momentos de camaradería, y también tomas de ruinas, elegantes y estetizadas. Mientras que las cartas cuentan todo lo contrario: el sufrimiento físico y moral, la desesperación y la barbarie... Ambas cosas no encajan, y eso es lo que hace que prosiga su investigación.

— **También nos dicen que las fotos mienten...**

— No son las fotografías las que mienten. Y, de hecho, no tienen la obligación de decir la verdad: la única verdad que desvelan es el hecho de que algo de luz ha iluminado tal superficie en tal instante. Es el fotógrafo quien organiza la puesta en escena o el espectador que las mira quien no es capaz de desentrañar su sentido. Las fotografías no son responsables de nada: son quienes las hacen y quienes las ven los únicos que pueden darles un sentido.

Lo que las mujeres sufrieron en la guerra

Vera Brittain novela desde otro punto de vista los mismos episodios que Hélène Gestern

ELENA SIERRA

#kioskoymas #librescoleto

La misma colaboración entre Periférica y Errata naturae conseguía que viera la luz hace unos meses, por primera vez en castellano, 'Testamento de juventud', de la inglesa Vera Brittain. En su país es un clásico, uno que se publicó en 1933 —tras casi veinte años de trabajo por parte de su autora, reconocida hasta entonces como poeta— y del que en su momento dijo Virginia Woolf que no podía dejar de leerlo, que tenía que mantenerse despierta toda la noche porque no podía parar. Las reflexiones de su coetánea (Brittain nació en 1893 y Woolf un par de años más tarde) lo merecen, desde luego. En sus páginas, mezcla de narración, poesía, fragmentos de diario y extractos de las cartas que se cruzó Brittain con su prometido, su hermano y sus amigos, todos ellos enviados al frente durante la Primera Guerra Mundial, se dan la mano el humor y el dolor, la belleza y el tormento, el amor y la muerte.

Y no son ficción: si Gestern narra en 'El olor del bosque' las vidas de unos personajes que pudieron muy bien haber existido, Brittain recrea lo que vivieron unas personas en el momento en que todo cambió para siempre. Se pregunta la autora si la alegría, la frescura, todo eso que experimentaron antes de la guerra volverá... y se responde que no, que no es posible.

Brittain fue eso que se llama una adelantada a su época: feminista, pacifista, tuvo que convencer a sus padres, dos burgueses de provincias, de que la dejaran ir a la Universidad. Empezó a estudiar en Oxford, pero aparcó los estudios tras el primer curso

Fue lo que con frecuencia se llama una adelantada a su tiempo, que pudo estudiar en Oxford

TESTAMENTO DE JUVENTUD
VERA BRITTAİN

Trad.: Regina López Muñoz. Ed.: Periférica y Errata naturae. 848 páginas. Precio: 27,50 euros



para trabajar como enfermera. Si su prometido se entregaba en el frente (en busca de un heroísmo que por entonces era lo más deseable incluso para los jóvenes intelectuales, el signo de su hombría), ella tenía que hacerlo en la retaguardia. Después lo haría en la isla de Malta, tras un viaje peligrosísimo en barco por mares surcados de minas y submarinos.

Su testimonio refleja el sufrimiento de las mujeres, que se ha contado pocas veces, o al que pocas veces se ha dado valor. Hay que imaginarlas, encorsetadas por las normas sociales, a la espera de noticias todo el tiempo; cuidando en los hospitales a los heridos, curando heridas terribles; recibiendo a sus hombres muertos, mutilados o trastornados; impelidas a realizar tareas hasta entonces no destinadas a ellas, enfrentando el qué dirán, o queriendo desempeñarlas y no teniendo permiso; sabiendo que el mundo se acaba, y no teniendo apenas voz para poder reclamar otra manera de solucionar las cosas. Todo eso lo contó Vera Brittain ya en 1933, muy poco antes de que la misma guerra, aunque fuera otra, asolara Europa de nuevo.